

José Escofet  
Literatos españoles: Vicente Blasco Ibáñez  
(*El Correo Español* [México], 30-1-1904)

Es uno de los primeros en nuestra España, quizás el más discutido de todos, por ser un escritor que con ningún otro español se asemeja. Blasco Ibáñez es atractivo como pocos, porque como pocos escribe, saliéndose del antiguo molde donde se vacía nuestra literatura. La literatura española, y mejor que española, castellana, puesto que grandes concepciones ha dado el arte de la América latina, es fluida a la par que seria; sencilla, plástica muchas veces; siempre admirable en lo sobrio y enemiga del vistoso estilo francés

El gran Pérez Galdós, en sus libros todo naturalidad, sin un momento de cascabeleo retórico, amante siempre de la humanidad y elegante en su sencillez, se me antoja el manantial de donde parten los múltiples y hermosos riachuelos de nuestro arte retórico. Todos los novelistas españoles tienen algo del ilustre autor de *Gloria y Misericordia*, todos los de algún renombre... menos Blasco Ibáñez. Este será discutido, atacado; pero tiene un talento que nadie niega, porque es forzoso reconocerlo, aun siendo preciso robar a Galdós el «pater» de rúbrica.

Las pasiones políticas, tan tempestuosas en España, ciegan a muchos, y la imparcialidad tiene que desgañitarse para lograr «hacer luz» en los meollos calenturientos de aquellos que hacen de la política la antecámara de la crítica y buscan la justicia en el fuego de sus ideas.

La personalidad política de Blasco Ibáñez quizás sea discutible, mas no por esto debe buscarse en sus obras literarias lo que con la literatura no entra, si no se quiere vivir del absurdo y vencer con el error.

Bobadilla, el ilustre crítico, hablando de Blasco Ibáñez escritor, ha dicho: «imita a Zola hasta beberle el aliento»; y todos los que tenemos el buen gusto de leer al eminente artista valenciano hemos repetido lo propio, sin fijarnos, conformes o no, con lo que Blasco deja traslucir, sin importársele un comino, de su socialismo rabioso; porque Blasco Ibáñez es socialista lo mismo en la novela que en la tribuna.

Blasco Ibáñez es regional como Pereda; y como Palacio Valdés es poeta a veces, cultivando también el materialismo de Picón, aunque sea de una manera vaga. Esto no obstante, ni de Pereda, ni de Valdés, ni de Picón tiene nada Blasco Ibáñez.

Hacerlo todo Zola, como algunos pretenden, tampoco es acertado. Zola creó un naturalismo muy distinto del realismo de los Goncourt, y

Daudet, Maupassant, Pierre Loti y René Malzeroy son naturalistas que nada tienen de Zola.

Entre Zola y Blasco Ibáñez existe una sola idea; pero el camino que ambos toman para expresarla, para conducirla al cauce de donde ha de brotar la esencia de la obra, no es igual.

Si Blasco Ibáñez es un caso de asimilación, se debe a su temperamento genealógico, no a su procedimiento. Gómez de Baquero, a propósito de *Verdad*, dijo que para leer a Zola precisaba tener tanto arte como el del gran escritor; para entenderse con Blasco Ibáñez basta con ser hombre solamente. Blasco es prolijo hasta desesperar algunas veces. Blasco Ibáñez gusta siempre por mucho que se detenga en sus estudios, que ambos dan preferencia al medio ambiente, que estudian del hombre solo lo malo, entresacándolo de la «sensibilidad nerviosa», de las «sensaciones orgánicas», es indudable, como lo es el que Blasco haya tomado por maestro al ilustre novelista francés. En ocasiones recuerda a Flaubert, describiendo con natural entusiasmo, comunicando a todo color y vida, sin salirse de la impersonalidad que es su hábito artístico; su pesimismo tiene a ratos treguas luminosas, chispazos de amor; pero una enmienda inesperada sacrifica pronto sus altas ideas, volviendo a enfrascarse en su sintaxis. Parece hablar de un modo maquinal, diciendo lo que ve, no lo que piensa, como si al juzgar lo hiciera por la influencia de sus pasiones, en la ingrata creencia de que antes que artista es macho. Su entusiasmo por la verdad le lleva al nihilismo, y al describir huye de la metáfora, marchando con pasmosa seguridad sobre lo cierto, sin que por ello pierda nada el concepto plástico.

La más leída de sus obras, *La barraca*, tendrá un gran valor artístico; pero carece de la finura de *Arroz y tartana*, que es una novela hermosísima, donde impera una sátira delicada, como la de Daudet, y palpita la vida real, sin buscar de ella lo fuertemente tórrido.

*La barraca*, como *Cañas y barro*, son dos trozos de tierra valenciana; pero no de esa Valencia que cultiva flores, sino de la que vive en la Albufera, en donde los habitantes pisan lodo y sus pasiones navegan en las aguas cenagosas de los arrozales.

*Flor de mayo* y *Entre naranjos* son otras dos producciones de Blasco Ibáñez sumamente artísticas, sensuales como todas las del gran novelista, y en ellas permanece este firme en su puesto, siempre inmovible a la tristeza.

Su último libro, *La catedral*, se discute con calor y no falta quien en él encuentre materia abominable. El autor comete el «delito» de defender al obrero, fustigando las tiranías y fanatismos del rico, y, como he dicho antes, esto es un delito, sobre todo en España.

Sin embargo, aunque la literatura no gana nada al convertir la novela con las columnas de un periódico revolucionario, Blasco Ibáñez no desmerece literariamente en su última novela; en ella es el de siempre: rudo a la vez que plástico, y artista, muy artista, sin buscar el ropaje purpurino del léxico.

No es un gran psicólogo, no poseerá el «subsuelo» de que nos habla la Pardo Bazán, pero es un escritor perfecto a su modo. Así lo han reconocido hasta los franceses... ¡y cuidado que les cuesta trabajo a los hijos de Francia reconocer el mérito extranjero!

Lejos de perder admiradores, como algunos creen, Blasco Ibáñez los ha aumentado con su última producción, y en esta no quedan desairadas las promesas que sobre ella nos hizo en *La Correspondencia de España* el notable crítico canario Ángel Guerra.

Los que con entusiasmo y cariño seguimos los pasos que Blasco da en el mundo del arte, vislumbramos la certeza de que España, y aun el mundo ilustrado, ha de reconocer en el gran novelista de la ciudad del Turia a una de las más prominentes figuras literarias de nuestra época.

El ilustre autor de *La barraca* no predicará moral como Tolstoi; pero retrata nuestros defectos, sin duda para demostrarnos lo que somos y lo que es nuestro.

Déjese, pues, la moral a un lado, y hablemos en nuestro idioma. Aquella ha de interesarnos un día u otro.

¡Nos gusta tanto lo que no tenemos!